
LA EDUCACIÓN Y LA VOLUNTAD EN KANT

Evelyn Vásquez Mendoza*
Clara Virginia Caro**

RESUMEN

Es un hecho bastante bien reconocido que los grandes hombres del mundo siempre han perseguido un gran ideal: hacer el mayor bien a la humanidad, buscar al hombre para hacerle el don de sí-mismo y de todo su potencial humano, intelectual y moral. Uno de esos grandes hombres que siempre se preocupó por las otras existencias fue Emmanuel Kant. Este pensador halló su realización en el trabajo continuo por la promoción del hombre, no ahorró esfuerzo alguno para darle al hombre luces sobre su realidad, pero una realidad clara, positiva, llena de perspectivas luminosas y orientada hacia un punto que se remueve constantemente y atrae intensamente al hombre: LA MORALIDAD.

Si a Descartes se le llama el padre del modernismo, debemos llamar a Kant su pedagogo. Desde hace siglo y medio, ningún pensador puede sentirse totalmente independiente de su enseñanza. Poco a poco esta enseñanza ha ido ocupando las escuelas y formando los espíritus.

Considerar, por ejemplo, que el hombre obra moralmente en cuanto a través de su acción moldea su existencia y que esta propiedad constituye la libertad y fundamenta la responsabilidad, es de las más grandes y atractivas enseñanzas de nuestro pensador. El hombre, como ser racional, dotado de voluntad, se determina autónoma y libremente.

La educación de la moral en sistemas anteriores a Kant

La facultad del espíritu que Kant denomina razón práctica, es equivalente a la voluntad. El valor moral sólo puede radicar en la voluntad del hombre, en "querer hacer el bien", en

la buena voluntad. La voluntad de cumplir el deber, es el criterio máximo de bondad moral. Se trata aquí, por tanto, de establecer si el fundamento de la moral se halla en realidades exteriores y trascendentes al hombre mismo: Dios, la idea del bien, la naturaleza, la felicidad; o, por el contrario la moral se fundamenta en la autonomía del hombre. Kant toma el segundo camino, fundamentando las normas morales en la moralidad misma del hombre.

Desde la antigüedad hasta la época moderna los filósofos habían fundado la moral sobre la idea del bien. Pensaban que una acción era buena o mala según estuviera o no conforme a la finalidad natural del hombre que le lleva hacia un fin último, hacia un bien supremo. Esta concepción, según Kant, en vez de fundar la moral, la destruye.

* Profesora Asistente Facultad de Enfermería, Magister en Educación en Enfermería, Universidad Nacional de Colombia.

** Profesora Asistente Facultad de Enfermería, Magister en Salud Pública, Universidad de Antioquia

Kant dice que resulta claro, si miramos las morales empiristas que identifican el bien con

el placer, el interés o la utilidad, pues el punto de vista de los empiristas es puramente subjetivo, individual; no se puede deducir ninguna regla universal de conducta. Es una posición estrictamente egoísta, que no tiene nada de moral, incluso subvierte toda moralidad. David Hume, por ejemplo, cree que la moral ha de servir para conducir al hombre al bien, a la felicidad mediante la observación de ciertas normas: "El fin de todas las especulaciones morales es enseñarnos nuestro deber" (1).

Dicho en lenguaje sencillo: para Hume el hombre está sometido a normas que se le imponen y bajo esa imposición logra la felicidad o el bien. La razón, por tanto, queda excluida en el establecimiento de principios morales.

La moral en Hume está revestida de un utilitarismo que mira a la conveniencia social o personal. El hombre no puede superar su condición y tiene que acatar el imperativo de la norma que lo determina. El objeto de la educación aquí, sería ejecutar la memoria de las normas, a fin de garantizar que el hombre realice actos moralmente buenos. Toda actividad del alumno debe ser evaluada sobre si ese acto se asemejó o se alejó de la norma moral establecida. El maestro buscaría hacer entrar en razón al alumno sobre la existencia de la norma y la obligación de acatarla.

Kant dice: El racionalismo, por su parte, defiende el bien como un absoluto que trasciende lo sensible. De este modo se busca la felicidad; pero una tendencia hacia un bien cualquiera es esencialmente egoísta, puesto que, por definición, se dirige hacia su bien, es decir, hacia un bien capaz de satisfacerla. El hombre busca "su bien", es un hecho, es incluso una necesidad natural, pero precisamente por esa razón no es una obligación moral. Rene Descartes, por ejemplo, habla de una moral "provisional" y una moral "definitiva". La finalidad de la primera es vivir del mejor modo posible, mientras el entendimiento sea presa de la duda; por tanto, es puramente práctica, es decir, sin fundamento teórico. La segunda deriva de la metafísica y constituye el grado supremo de sabiduría: el hombre debe servirse del mejor modo posible de su razón para conocer la bondad de Dios y el vínculo que une al individuo con la sociedad; igualmente ha de tener una firme y constante resolución de ejecutar todo lo que su razón le aconseje, sin que sus pasiones o apetitos lo desvíen de ello. Según esto, la virtud consiste en la disposición de la voluntad a seguir en todo a la razón (2).

El objeto de la educación aquí consiste en ejercitar la capacidad razonadora del hombre, a fin de comprender los valores trascendentes del bien. Se debe estimular el proceso de interiorización del sujeto que ha de darse dentro de un sistemático razonar; esto lleva a la aprehensión de verdades fundadas. El maestro implementará técnicas de raciocinio sobre las normas morales y su bondad. La voluntad no presenta entonces problemas de aprendizaje, ya que está sometida a la razón. Si se fundamenta ésta, se posibilita la otra. La evaluación será de carácter cualitativo observando en el alumno comportamientos producto de un previo raciocinio en una situación dada.

El pensamiento clásico griego sostenía que el hombre está orientado por su naturaleza hacia la felicidad. Para alcanzar la felicidad, se debe cultivar la sabiduría mediante la contemplación y la mortificación de los deseos sensuales. La perfección se halla en la esfera espiritual, la imperfección se encuentra en la materia. Para Aristóteles, la felicidad es el bien supremo y fin último del hombre. La felicidad se alcanza mediante la práctica de las virtudes, que son actitudes de equilibrio en todos los ámbitos de la vida humana; justicia, fortaleza, templanza, veracidad, libertad, etc. (3).

Según esto, la educación debe tener por objeto el cultivo de la vida espiritual con detrimento del aspecto material. El maestro implementará técnicas tendientes a ejercitar las virtudes y la ascética. La evaluación se hará sobre la capacidad de renuncia y aceptación sin apego del diario acontecer. Hay aquí un cultivo de la voluntad, pero en un solo sentido: la ascésis.

La moral cristiana se estructura a partir del decálogo o los Diez Mandamientos. Sus puntos fundamentales se hallan en la creencia de que todos los hombres somos hermanos, hijos del mismo y único Dios; el creyente debe obrar conforme al espíritu de Dios; quien obra conforme al espíritu es bueno; quien no, está en pecado. Al hombre se le conoce por sus obras. El precepto fundamental es el amor. El modelo es Jesús de Nazareth.

La educación aquí se basa en dos lineamientos: primero, enseñar los preceptos morales y los contenidos de fe; segundo, ejercitar las virtudes individual y colectivamente. El maestro ha de ser creyente-practicante; debe crear técnicas de aprendizaje que le permitan la evaluación del crecimiento en la fe del alumno y su creciente virtuosidad. El cultivo de la voluntad está determinado por el deseo de realización que es la unión con Dios.

Función de la voluntad en la moral kantiana

Considera Kant que todos los sistemas de moral anteriores a él han cometido graves errores en la justificación del hecho moral. Dichas morales se caracterizan por su imposibilidad para establecer normas universales y necesarias y por estar fundadas sobre principios empíricos. Se hace indispensable, entonces, una ciencia moral con principios puros a-priori; por tanto, universales y necesarios, válidos para cualquier momento histórico y para todo ser racional.

Para esclarecer tal acto moral, Kant comienza por establecer que el hombre tiene dos puntos de vista desde los cuales puede considerarse a sí mismo; primero, en cuanto pertenece al mundo sensible bajo leyes naturales (heteronomía); segundo, como perteneciente al mundo inteligible, bajo leyes que, independientes de la naturaleza, no son empíricas, sino que se fundan solamente en la razón. A esta esfera inteligible pertenecen los hechos morales. Pero, ¿cómo puede una razón pura legislar en el orden práctico, orientando la voluntad sin dejarse influir por ninguno de los elementos empíricos? ¿Cómo puede esa razón pura afirmar siempre la autonomía, la libertad?

Kant da respuesta a estos interrogantes con el siguiente itinerario del acto moral: la voluntad es fuente absoluta de valor, ya que todas las cualidades buenas que existen en una persona pueden volverse malignas, si no se cuenta primero con una voluntad firme, estructurada, plenamente orientada por la razón: "entendimiento, ingenio, capacidad de juicio, o como quieran llamarse los talentos del espíritu, o valor de decisión, perseverancia en los propósitos, como características del temperamento, son sin duda, en muchos aspectos, cualidades buenas y deseables; pero pueden ser sobremanera malos y nocivos, si la voluntad que ha de hacer uso de estos dones naturales no es buena" (4).

Una vez establecido el primado de la voluntad, aparece la razón práctica como el motor cuyo fin es producir y hacer siempre de la voluntad una facultad buena en sí misma. La buena voluntad obra por obligación y no por inclinación. Nadie puede sentir obligación frente a una acción que sólo busca el bienestar o la inclinación.

La obligación sólo se experimenta frente al deber, y todo lo que se hace por deber alcanza el verdadero valor moral. Para que un acto sea bueno, no basta que sea conforme al deber, o "legal", es

necesario que sea "hecho por deber". Porque el acto puede ser conforme al deber, pero realizado por inclinación y no por deber.

El principio subjetivo de la moralidad es el "respeto" y el principio objetivo es el "deber". El respeto es una sumisión de la voluntad a la ley, acompañada de la convicción de que obedeciéndonos engrandecemos. Por el respeto se establece una armonía entre el plano racional y el plano sensible.

El deber fundamenta la moralidad. El deber es una ley que proviene a priori de la razón y se impone por sí misma, a todo ser racional. Es un imperativo categórico (absoluto), que vale por sí mismo. El imperativo hipotético es condicional ("si quieres esto, haz aquello"), regla de conveniencia o consejo de prudencia. El imperativo categórico es un mandamiento de la moralidad.

Kant concluye con una máxima: "Obra siempre como si tu acción tuviera que ser erigida en ley universal". "Obra siempre de tal manera que trates lo humano, en ti o en otro, como un fin y jamás como un medio". Los hombres que viven moralmente forman una sociedad perfecta cuyo principio es la razón, de la que cada uno de ellos es partícipe. Se funda así la autonomía.

La educación de la voluntad como base para rescatar los valores en la sociedad

Hasta Kant, todas las morales se han fundado en el principio de subordinación de la voluntad a algún objeto. En Kant la voluntad se somete al deber, es indeterminada con respecto a todo objeto y se da a sí misma su ley. En esto consiste su libertad. Ser libre es obrar sin estar determinado por causas extrañas, sino determinando uno mismo la ley de su propia acción.

La moral kantiana ha recibido muchas críticas. Alguien la tilda demasiado formalista, sin contenidos. Otro la ve como una moral demasiado rigurosa en cuanto que no admite ningún tipo de condicionamiento. Todavía hay alguien que le reprocha ser inhumana, inaplicable, exigir lo imposible.

Debemos reconocer que el sistema kantiano, como todo sistema, es susceptible de errores. Kant comete error cuando dice que el bien no puede fundar la obligación. El principio de la moral es que todo bien debe ser hecho, pero sólo algunos bienes son estrictamente obligatorios, los otros son solamente de consejo. Si

se ama un bien (Dios) por sí mismo y por encima de todas las cosas, el amor es puro y no egoísta, puesto que se ama a este bien, no por uno mismo, sino por él, y más que a uno mismo.

Pese a estas objeciones, resulta interesante el papel que Kant da a la voluntad. Es una voluntad buena y constituye una fuente de valor. A esta voluntad hay que darle firmeza, estructura y orientarla por la razón. Este concepto adquiere aquilatada actualidad en nuestros días si pensamos en el resquebrajamiento moral de nuestra sociedad colombiana.

El país está acabando con sus reservas morales, y todos coinciden en afirmar que la educación debe recrear la ética social. Es por eso, que en todos los ámbitos se habla de "educar en los valores", "educar en la moral", "educar para la convivencia y la paz" y otros.

Una tal educación ha de estimular y educar la voluntad, como requisito primordial para el logro de la práctica de valores en los alumnos. En general, tanto los objetivos educativos, como los contenidos para lograrlos, apuntan hacia la razón, y se da por supuesto que si se logra "hacer entrar en razón" al alumno se posibilitan sus acciones volitivas. Pero no basta con esclarecer la razón, es preciso adiestrar la facultad de decisión. Debemos hacer caso a Kant cuando habla de la voluntad como el primado del hecho moral.

La volición o acto de la voluntad no es un acto simple, sino complejo. Hay factores afectivos, intelectuales, individuales o sociales que intervienen en él con diversa intensidad. Los psicólogos coinciden generalmente en distinguir los siguientes momentos del acto voluntario: *motivación*, ya que el acto de la voluntad consiste en "querer" o "no querer"; *deliberación*, que consiste en juzgar, (valorizándolos) los distintos motivos que nos impulsan a la acción; *decisión o elección*, consiste en determinar cuál de las motivaciones vamos a realizar, o si vamos a reclazarlas todas para no realizar ninguna.

Atendiendo ahora a los tres momentos del acto voluntario, se advierte la importancia de

la decisión, hasta el extremo que muchos psicólogos han identificado la decisión con el acto de voluntad.

El conocimiento y el raciocinio han de estar al servicio del acto volitivo y no lo contrario, como lo propone el racionalismo. Pues para que el hombre pueda deliberar debe conocer previamente aquello sobre lo cual delibera.

Es por eso, que un objetivo educativo que tiene como base propiciar el máximo conocimiento, como fin en sí mismo, ha de ser rediseñado para colocarlo como medio, ya que el objeto máximo de la educación es propiciar elementos que posibiliten el acto volitivo del hombre.

Debemos educar la tenacidad, la fortaleza, la firmeza de la voluntad, ya que mediante ella el hombre decide, no sólo lo que va a hacer, sino también lo que va a ser. Y en esto se funda la moral.

REFERENCIAS

1. HUME, D. *Investigaciones sobre los principios de la moral*. Aguilar, Buenos Aires, p. 25.
2. VERNEAUX, R. *Historia de la Filosofía Moderna*. Herder, Barcelona 1984, pp. 40-41.
3. GONZALEZ, Luis J. *Ética Latinoamericana*. Usta, Bogotá, 1986.
4. KANT, E. *Cimentación para la metafísica de las costumbres*. Aguilar, Buenos Aires, 1073. p. 59.

BIBLIOGRAFÍA

- AROSTEGUI, Antonio.- *Curso de concienciación filosófica*. Marsiega, Madrid, 1977.
- GONZALEZ, Luis José.- *Ética Latinoamericana*. Usta, Bogotá, 1986.
- HUME, David.- *Investigaciones sobre los principios de la moral*. Hojas mimeografiadas, Editorial Aguilar, Buenos Aires.
- VERNEAUX, Roger.- *Historia de la Filosofía Moderna*. Editorial Herder, Barcelona, 1984.
- KANT, Emmanuel.- *Crítica de la Razón Práctica*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1970.
- _____.- *Cimentación para la metafísica de las costumbres*. Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1973.